

Un acercamiento al poeta canario

RAFAEL BENTO Y TRAVIESO (1782-1831)

1

Para comenzar podríamos preguntarnos si Rafael Bento es un poeta conocido y si su obra está al alcance de todos. Y habría que contestar, sin temor a equivocarnos, que Bento es un poeta desconocido actualmente para una gran mayoría. Y ello se debe, sin duda, a que su producción poética completa no ha visto aún la luz pública. Hoy su obra se halla esparcida por bibliotecas y archivos de no fácil acceso, casi toda ella manuscrita, salvo una pequeña porción que se encuentra diseminada a través de periódicos, revistas o antologías. Y sólo, con mucha fortuna, llegaríamos a tener en nuestras manos alguna de las escasas composiciones que el propio Bento editó.

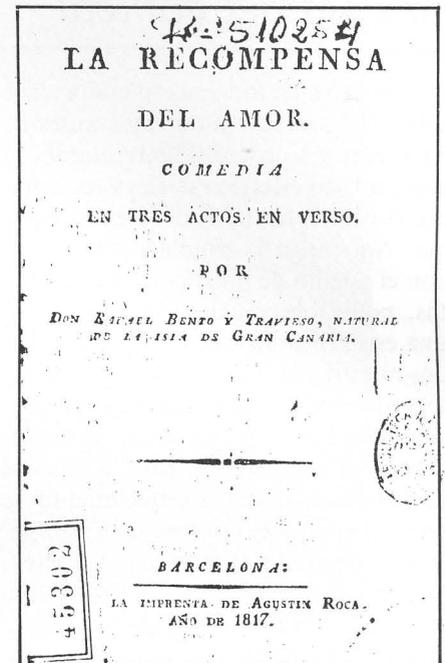
Es obvio, pues, que Bento, por lo embarazoso que resulta acceder a su estimable producción poética, haya caído en el olvido. Un olvido que también sufren, indudablemente, otros autores del “tiempo viejo”, coetáneos suyos, tales como el mismísimo José Viera y Clavijo —en cuanto a su faceta poética—, María Joaquina Viera y Clavijo, Antonio Miguel de los Santos, Domingo Albertos, Francisco Gutiérrez Vigil, Francisco Saviñón Guillama, Antonio Saviñón Yáñez, Bernardo Cologan Fallón, Alonso de Nava y Grimón, Mariano Romero Magdaleno, y hasta el propio Graciliano Afonso, que a pesar de haber sido estudiado ampliamente, no cuenta con la publicación completa de su obra.

Está claro que nuestro poeta, por las razones apuntadas, pasa casi inadvertido, sin embargo, es palpable que nunca ha sido olvidado por los estudiosos de la literatura canaria. Eruditos o investigadores como Antonio Pereira Pacheco y Ruiz, Carlos de Grandy, Agustín Millares Torres, José Batllori y Lorenzo, Miguel Santiago, Néstor Álamo, Agustín Millares Carlo, Angel Valbuena Prat, “Jordé”, María Rosa Alonso, Joaquín Artilles, Alfonso Armas, Andrés Sánchez Robaina, entre otros, han hecho posible que la memoria de Bento se mantuviera viva desde su muerte hasta hoy.

Hecho este inciso, pasamos ya a esbozar el perfil vital y literario de nuestro poeta: RAFAEL BENTO Y TRAVIESO nace en Guía de Gran Canaria, el 2 de agosto de 1782. Cuatro días más tarde sería bautizado como Rafael Esteban Mariano, siendo hijo legítimo de D. Lorenzo Bento Travieso y de Dña. María Magdalena Perdomo, “guapa hembra”, según leemos en los *Apuntes para la ampliación de la biografía del poeta Bento*, escritos por Francisco Martín Bento.

En su Villa natal estudia las primeras letras. Va mucho a la Iglesia, ayuda al Sacrificio de la Misa, asiste al coro en los días solemnes. Su padre, sacristán mayor, debe ser uno de los principales animadores de estos actos devotos del pequeño Rafael, que parece estar predestinado para la vida eclesiástica.

A los 13 años recibe de manos del obispo de Canarias, Antonio Tavira y Almazán, la “Prima y dos Órdenes Menores”. Rafael Bento muestra buenas disposiciones para el estudio. Tendrá que salir de Guía si no quiere ver estancados sus conocimientos. Por entonces, el único centro que puede satisfacer sus ansias de saber es el recientemente instalado Seminario Conciliar de la Purísima Concepción de Las Palmas, que había sido inaugurado solemnemente en 1777. Su padre, en octubre de 1797, se apresta a solicitar el ingreso de su hijo Rafael en el Seminario Conciliar: “...teniendo yo en consideración que en el lugar de mi domicilio no hay los estudios necesarios para el adelanto de los jóvenes, he deliberado poner en este Seminario... a D. Rafael, mi hijo legítimo... que se halla ya ordenado de menores...”. En diciembre de ese mismo año ingresaría Bento en el Seminario Conciliar de Las Palmas. Tenía quince años. Algunos de sus biógrafos —Carlos de Grandy y Agustín Millares Torres— nos describen a un seminarista travieso, simpático, y dado a su temprana e irresistible vocación por la poesía. Al respecto nos dice Carlos de Grandy: “Y como desde muy temprano diera a conocer su inclinación a la poesía y tuviese además un genio vivo y un carácter simpático, el cuarto del pequeño colegial era la reunión obligada de todos sus compañeros, y allí se urdían mil travesuras, que en último resultado proporcionaban a Bento correcciones, no obstante sus adelantos en los estudios”.



Interesa que nos detengamos aquí, brevemente, para destacar el aire docente que se respiraba en la aulas conciliares, porque es en ellas donde nuestro poeta toma contacto con la filosofía del “Siglo de Las Luces”. Precisamente, un año antes de acceder Bento al Seminario había dejado la Diócesis canaria el obispo Tavira (1791-1796), pero bajo su influencia las enseñanzas seminaristas habían dado un vuelco total. Tavira había acentuado al máximo la línea aperturista iniciada por sus antecesores en el Obispado —Cervera y Herrera—, convirtiendo al Seminario en un centro totalmente abierto a las más avanzadas ideas de la época. Se dejaba de lado la Escolástica para pasar a la verdadera Teología, se abrían las puertas a la investigación, se simplificaba la liturgia, se retornaba a la disciplina antigua de la Iglesia, se resucitaba la piedad cristiana de que había hablado Erasmo... Por su parte, la Inquisición y el clericalismo reaccionario poco podía hacer para condenar con éxito el aluvión de cuestiones teológicas y litúrgicas, eminentemente innovadoras, que se discutían en las aulas del Seminario.

Se infiltraban los filósofos de la Ilustración: “el Van-Espen —belga, simpatizante del jansenismo— circulaba a escondidas entre algunos profesores y estudiantes”. Las doctrinas del abate Condillac, jefe de la escuela sensualista, se introducían en la cátedra de Filosofía regentada por Graciliano Afonso. Se leía a D’Alembert que

“desde 1796 hasta 1816 desplazó a los maestros escolásticos”. Con la llegada de Manuel Verdugo (1796-1816), primer obispo de Canarias nacido en las Islas, se reafirmará en el Seminario la línea que había trazado su predecesor Tavira. Y Verdugo, acérrimo enemigo del Santo Oficio e instruido en las ideas “ultrapirenaicas” de la Ilustración, llega a consolidar a autores como Condillac, Locke, Rousseau o Mably, hasta el punto de que sus obras se habían convertido en libros de texto.

El que nos hayamos detenido señalando el matiz innovador de la docencia en el Seminario Conciliar, se debe a que estamos seguros de que fue allí, en las aulas conciliares, donde Rafael Bento sentó los cimientos de su sólida cultura enciclopedista. Fue allí donde tuvo acceso —el ambiente le era propicio— al libro prohibido. ¿Quién nos dice que el travieso y díscolo seminarista no escondía en su baúl algún libro de Rousseau o de Voltaire? Allí nació, sin duda, el Bento que luego, tal como lo demuestra su obra, se desvelaría por la implantación de la libertad y la justicia; allí nació el Bento defensor del humanitarismo, el crítico acerbo del despotismo, el anticlerical...

Es escasa la documentación que hemos hallado relativa al paso de Bento por el Seminario, pero sabemos, en palabras del propio poeta, que concluyó sus estudios, y siendo colegial más antiguo regresó a su pueblo. Esto ocurría con toda certeza en el año 1803.

Si había dejado las aulas conciliares por esa fecha, también había dejado por entonces constancia de su quehacer poético. Ya circulaban sus

primeros poemas. A través de un *Soneto* enaltece la figura del Comandante General D. Antonio Gutiérrez, aquel “héroe castellano”, que supo defender la Plaza de Santa Cruz de Tenerife ante el ataque de Nelson en 1797. Iniciaba así nuestro poeta su faceta de cantor incondicional de las gestas que protagonizaban nuestros héroes nacionales. El *Apóstrofe* al sepulcro del ya citado Gutiérrez, y un *Soneto* de tono elegíaco, lamentando la muerte del Canónigo Magistral D. José Icaza, figuran entre sus primeras composiciones poéticas.

Ahora nuestro joven poeta reside en Guía. Lee fundamentalmente a nuestros antiguos poetas castellanos, se entrega sin freno a su afición poética, se le ve asistir a las funciones religiosas como clérigo de menores, pero no parece tener intención de ordenarse. Comienza sus primeros devaneos amorosos. Nació el poeta-galán. Desde entonces iban a ser muchas sus aventuras amorosas. Lorenzo Bento, su padre, según expresa Francisco Martín Bento, era “simpático, enamorado, diabólico para las mujeres, que, no obstante, en vez de huírle se le acercaban más de la cuenta”. Por eso, Néstor Álamo, al constatar las aventuras amorosas de Bento, dijo con toda propiedad que el donjuanismo era inherente al apellido que ostentaba el poeta.

El 3 de abril de 1804 se une en matrimonio con doña Fermina Fernández y Martínez, hija de D. Diego Antonio Fernández del Campo, “escribano público de estas Villas” (concretamente de Guía), y de doña María Josefa Martínez, ya difunta.



Fachada del antiguo Seminario de Las Palmas de Gran Canaria, donde cursó estudios Rafael Bento

RAFAEL BENTO Y TRAVIESO
(«Macabeo Polanco»)

Sátira

(Donde se trata de la Nobleza.)

Y una

Nota

por
NESTOR ALAMO



Nació el poeta en la Ciudad de
Guía de Gran Canaria el 2 de
Agosto de 1782. Murió en Las Palmas
a 26 de Noviembre de 1831.



— Honor a su memoria —

GUIA DE GRAN CANARIA

1831

TIP. «EL MONTE» GUÍA

Sus recursos económicos son precarios. Su situación se agrava, pues carga con el sustento de sus hermanos. En 1805, “queriendo ocupar su incansable actividad —nos cuenta Millares Torres— y creyendo así tener un empleo, entró de cadete en el Regimiento Provincial de Guía, ascendiendo en el mismo año al grado de Ayudante Mayor, prestando los servicios de guarnición que entonces se exigían a estas Milicias por la razón de la guerra con Gran Bretaña”. Pero a Rafael le iba a corresponder vivir como miliciano no sólo la guerra contra los ingleses sino gran parte de la Guerra de la Independencia, ya que es en 1812 cuando, a petición propia, obtiene la Real Licencia Absoluta.

Pese a estar metido de lleno en menesteres militares, su vocación poética no declina; al contrario, su pluma va a prestar plena atención a acontecimientos y personajes tanto insulares como peninsulares. Su mirada lo abarcará todo: lo político, lo religioso, lo civil, lo cotidiano...

Durante la Ilustración proliferó la literatura encomiástica y conmemorativa, y Bento no escaparía a su influjo. Es encomiástico y conmemorativo su *Soneto* en el ascenso del Excmo. Sr. Marqués de Casa-Cajigal:

¿Y qué de tu prudencia y
[osadía
no se canta también? ;Oh Cajigal!
Las Islas que te ven con alegría
empuñar el bastón de General,
todas su dicha ensalzan a porfía,
todas celebran tu nombre
[inmortal.
(fragmento)

Y del mismo matiz es la *Silva* que en 1807 dedica a D. Luis de la Encina con motivo de haber sido nombrado obispo de Arequipa (Perú).

Pero no toda la poesía de Bento va a ser panegírica. Es amplio el abanico de su musa. Así, en 1806 publicaba la traducción que hiciera en verso castellano de los *Himnos, Responsorios y Secuencias del Corpus Christi*, viniendo a ser uno de los primeros folletos salidos de la imprenta en Las Palmas. “Nuestro poeta —apunta Alfonso Armas— se manifiesta (en esta obra) como un lector bíblico que encuentra en el primitivismo cristiano la fuente de su inspiración”.

También surgiría por esas fechas la vena festiva y jocosa de Bento, preludeo de su sátira punzante y agresiva. Veamos parte de una *Décima* claramente jocosa, humorística, con lenguaje más que coloquial, que sin duda buscaba la hilaridad de sus compañeros milicianos, escrita en 1807, con el título de “*Al Capitán Henríquez de Teror, mandando su compañía*”.

¡Silencio! ¡juic, atención!
Tambor, toca lo que sabes,
Montesdioca, no te trabes.
¡Va, que baja el batallón!,
¡marchen jasta el cagajón!

(fragmento)

Comienza la guerra de la Independencia. Bento sigue con atención los sucesos bélicos que acaecen en la Península. Y se erige, emulando a su maestro Manuel José Quintana, en el paladín de la patria, en el ponderador de sus héroes, en el cantor de la libertad. En el *Soneto* titulado “*En la declaración de guerra contra Francia en la Isla de Gran Canaria*”, apostrofa a Napoleón con estos apasionados y acusadores versos:

Infiel Napoleón, cruel
[homicida,
las Furias que tú mismo has
[vomitado
vengarán con puñal ensangrentado
[do
la eterna ley del cielo descendida.

Es la poesía vehemente, apasionada, de tema patriótico-nacional, cultivada por poetas peninsulares como Arriaza, Gallego, Quintana, y por poetas canarios como Viera, Albertos, Saviñón Yáñez,...

En 1808 Rafael Bento entabla una enconada polémica con el célebre poeta canario, el presbítero Mariano Romero Magdaleno. Su musa jocoso-

sin embargo, es posible que realizase su primer viaje en 1809, ya que en dicho año fueron publicadas en imprentas peninsulares dos *Odas* suyas, eminentemente patrióticas, bajo los títulos de “*Zaragoza rendida*” y “*Con motivo de lo acaecido en la ciudad de Cádiz...*”.

En 1811 la fiebre amarilla se ceba en Gran Canaria. La esposa de Bento será una de sus víctimas. Nostalgia por el amor perdido, dolor, desesperación, estarán presentes en sus versos de entonces:

Celina, mi esposa,
expiró en mi seno
y me dejó lleno
de angustia y dolor.
Tal muere la rosa
del nuevo pensil
cuando el niño abril
anuncia el amor.

(fragmento de la *Cantata “La muerte de Celina”*).

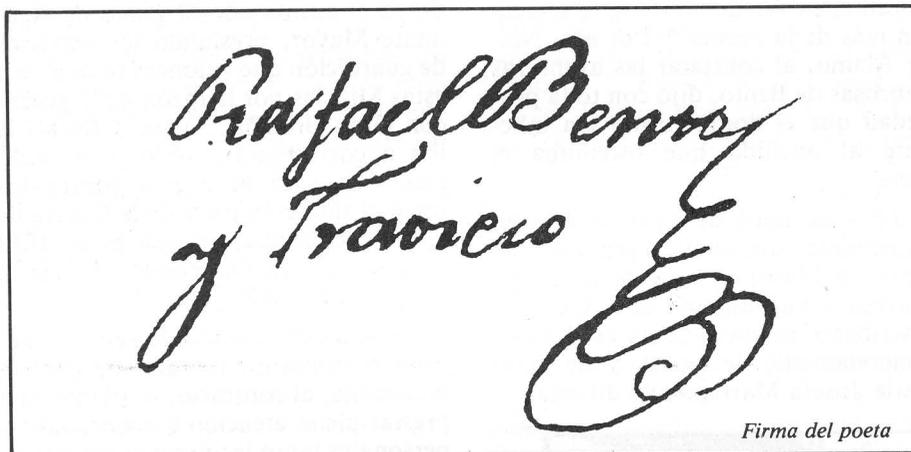
Ahora no sabe qué caminos seguir. Toma decisiones tal vez precipitadas. Pide y obtiene, en 1812, la licencia absoluta, retirándose así del servicio activo, y decide abrazar el estado eclesiástico. Pero no podrá culminar tal propósito. Sus ideas liberales, sus expresiones “irreverentes” en materia religiosa, “su mala conducta”, según las estrechas miras de la Iglesia, constituyeron, sin duda, la barrera insalvable que le impidió acceder al estado religioso.

Año de 1813: muere José Viera y Clavijo. Y nuestro poeta no podía menos que dedicar unos versos al que había sido maestro y guía de la generación ilustrada canaria. En su *Soneto “Al ver la tumba del Sr. Viera”*, Bento muestra su sorpresa por la humildad que presenta el túmulo en que reposa el “sabio” polígrafo, y acaba ensalzando su figura en los tercetos:

¡Oh vírgenes!, llegad, derramad
[flores
sobre este humilde túmulo
[sagrado
en que descansa un sabio sin
[temores.
Decid, decid con labio
[inmaculado:
De todos los poetas y oradores
el más florido al Éter se ha
[volado.

Termina la guerra con Francia, y regresa Fernando VII que pronto cercenará de cuajo la labor de los constitucionalistas. En España reinan la intolerancia, la opresión y la tiranía. Se reinstaura la Inquisición.

(Concluirá)
José Évora Molina



Firma del poeta

El “espíritu sutil y burlón a lo Voltaire”, que nuestro poeta llevaba dentro, asoma en unas *décimas* escritas con motivo de un convite. Prueba de lo apuntado es la *Décima* que lanza al P. Fray Ignacio Cuba, franciscano, y aficionado a la bebida:

Por más que se le predique
a ese fraile con fervor,
siempre será bebedor,
siempre Cuba y alambique.
Pidamos no multiplique
sobre la tierra esta raza,
pues al ver lo que aquí pasa
con ese solo inquilino,
no habrá en las Canarias vino
que llene su calabaza.

Rafael Bento iniciaba así su sátira anticlerical, que va a reflejarse, por lo general, en composiciones desenfadas —*décimas*, en su mayor parte plenas de gracia e ironía.

satírica le lleva a enzarzarse con Romero en un recíproco asaeteo de burlescos y mordaces versos. Veamos solamente una de las dos *Décimas* en que Bento “nos deja —en palabras de Néstor Álamo— un lírico retrato de Romero; lírico y escatológico”:

Yo conozco una figura
con sotana y con manteo,
que riñe con el aseo,
la vergüenza y la cultura.
De todo el mundo murmura,
hace versos al revés,
es muy loco y descortés,
no le dejan predicar,
y pronto le habrán de atar.
¿Adivíname quién es?

Sus biógrafos coinciden en que el poeta realizó dos viajes a la Península, concretamente en 1811 y 1816. Nosotros no hemos podido constatar su estancia en la Península durante 1811,